



Reseñas





*El legado de la sociología,
la promesa de la ciencia social,*
de Immanuel Wallerstein*

Juan Araujo González**

En 1974 se publicó *The modern World-System, I: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. En este texto, Immanuel Wallerstein sostenía que su trabajo no implicaba el estudio de grupos, sino el de sistemas sociales. Para él, el análisis de las organizaciones daba sentido a “las líneas de división clásicas entre las ciencias sociales (antropología, economía, ciencias políticas, sociología e historia)”, pero cuando se trata de sistemas sociales, dicha división no tiene ya razón de ser. Veinte años después, Wallerstein es elegido como presidente de la Asociación Internacional de Sociología (AIS) (ISA, en inglés); a partir de entonces, y hasta 1998, elabora una serie de ocho cartas que fueron enviadas año tras año a los miembros de la AIS. Esas cartas prepararon el discurso con el que iniciará, en 1998, las labores del Congreso de Montreal, Canadá.

En dicho discurso, Wallerstein mencionaba que: “no creo, como ya he afirmado, que la sociología siga siendo una disciplina (pero tampoco lo son nuestras disciplinas hermanas)”. El autor de *Abrir las ciencias sociales* indicaba en este texto de 1996, que la clasificación de las ciencias sociales se había construido en torno a dos antinomias, a saber, la antinomia entre pasado y presente y la antinomia entre disciplinas ideográficas y nomotéticas. Wallerstein sostenía que las disciplinas siguen siendo muy fuertes en el aspecto organizacional, y señalaba una diferencia entre el análisis de la sociología como “una organización en el mundo del conocimiento” y el “análisis de la sociología como disciplina”. Según

* Wallerstein, Immanuel, *El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social*, Nueva Sociedad, Caracas, 2000.

** Ayudante de investigación del área de Análisis Sociológico de la Historia del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

él, puede decirse que Foucault “tenía la intención de analizar el modo en que las disciplinas académicas son definidas, creadas y redefinidas en *La arqueología del saber*”. Por otro lado, el “*Homo Academicus* de Pierre Bourdieu es el análisis de cómo las organizaciones académicas se delimitan, perpetúan y redelimitan dentro de las instituciones del saber”.

Lo que Wallerstein pretendía hacer en dicho *discurso*, que era la parte medular del texto que a continuación reseñamos, era concentrarse en “la sociología en cuanto cultura, es decir, como una comunidad de estudiosos que comparte ciertas premisas”. ¿Cuáles eran estas premisas? A ellas se refería cuando hacía alusión al *legado de la sociología*, un legado que deriva de los tres pensadores formativos que representan la “sociología clásica”, a saber, Durkheim, Marx y Weber. Su argumento era que “repetimos la letanía de que esta triada representa a la sociología clásica”. Y siendo un punto de partida que ha sido internalizado, no implica, sin embargo, “un modo sofisticado y mucho menos adecuado de percibir la realidad social”. ¿Es posible seguir manteniendo semejantes premisas que, según el autor, *la mayoría de nosotros ha internalizado* y operan, principalmente, en el *nivel de las premisas no cuestionadas*, asumidas más que debatidas?

¿Qué es lo que nos dice *El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social* respecto a la cultura de la sociología, sus retos y sus perspectivas? ¿Qué reflexiones pueden desprenderse de este texto de Wallerstein en torno a la sociología, ya no digamos en América Latina, sino específicamente en México? Si alguna vez se dijo que en México una de las debilidades de carácter local de la propia sociología es una “insuficiente familiaridad con los clásicos”, que no “nos permite apropiarnos adecuadamente del patrimonio de nuestra disciplina” y que, además, remite al obstáculo institucional de los “compartimentos rígidos entre los diferentes departamentos de las ciencias sociales” (Giménez, 1995), entonces, cabe preguntarse: ¿existe en México algo que pueda llamarse el “legado de la sociología” en los términos de Wallerstein, es decir, como *una comunidad de estudiosos que comparte ciertas premisas*?

El texto de Wallerstein nos permite una reflexión seria al respecto. O diríamos, más bien, una necesaria autorreflexión crítica sobre nuestras prácticas disciplinares. Recordemos ciertas afirmaciones que alguna vez se hicieron en torno a que en México, los interesados en cuestiones teóricas “no conformamos una comunidad científica” (Girola y Zabudovsky, 1991).

¿En qué sentido puede decirse que Durkheim, Weber y Marx son figuras fundadoras de la sociología? ¿Qué es lo que Wallerstein entiende por el *legado de la sociología*? En el texto que reseñamos, Wallerstein sostiene que a pesar de que existe una gran cantidad de libros que hacen referencia a la idea de que la base de la “tradicición clásica en teoría sociológica” está en Durkheim, Weber y Marx, la agrupación obedece en gran medida a Talcott Parsons. De acuerdo con Wallerstein, Parsons tenía la intención de que se canonizara la triada Durkheim,

Weber y Pareto. Sin embargo, no logró convencernos de la importancia de Pareto, y en cambio se esforzó por dejar fuera a Marx. Wallerstein atribuye la creación de esta lista esencialmente a Parsons, quien la elaboró hacia 1945.

Entre 1945 y 1970 este *canon, definitorio de la cultura*, tuvo su mayor vigencia. Fue un periodo bajo la hegemonía de los “practicantes norteamericanos de la sociología”, durante el cual el “estructural-funcionalismo fue con mucho la perspectiva principal dentro de la comunidad sociológica”. El canon comenzaba con Durkheim, que según Wallerstein, es el “más autoconscientemente sociológico de los tres”. El argumento de Durkheim, como el axioma número uno de la cultura de la sociología, era el siguiente: *existen grupos sociales que tienen estructuras explicables y racionales*. El problema que Wallerstein plantea con respecto a este axioma “no es la existencia de grupos, sino su falta de unidad interna”. Y aquí es donde, según él, entra Marx, que busca responder a la pregunta de: “¿por qué los grupos sociales, que supuestamente son una unidad (el significado al fin y al cabo de ‘grupo’) de hecho tienen luchas internas?”.

La respuesta nos remite a la frase “la historia de toda sociedad existente hasta ahora es la historia de la lucha de clases”. Así, el *conflicto social*, tan central para la vida social misma, es puesto en primer plano por Marx, por lo que el axioma número dos de la cultura de la sociología se define a partir de Marx. Este axioma es el siguiente: *todos los grupos sociales contienen subgrupos que se escalonan según jerarquías y entran en conflicto entre sí*. Tanto el axioma número uno como el dos nos remiten a otro problema, a saber, ¿por qué todas las sociedades simplemente no explotan o se despedazan o destruyen a sí mismas de algún modo? Wallerstein introduce aquí el siguiente axioma. Menciona que Weber “tiene una explicación de la existencia del orden a pesar del conflicto”. El concepto clave para entender esto es el de legitimidad. Si los sujetos obedecen a quienes dan órdenes, ello se debe a que existen razones tales como la costumbre y el cálculo, además de la creencia en la legitimidad.

De aquí que el tercer axioma de la cultura sociológica se defina de la siguiente manera: *en la medida en que los grupos o estados contienen sus conflictos, acontece mayormente que los subgrupos de menor rango concedan legitimidad a la estructura de autoridad del grupo, basados en que esto permite al grupo sobrevivir y, por otro lado, los subgrupos ven ventajas de largo plazo en la supervivencia de todo el grupo*. En suma, es “la realidad de los hechos sociales”, “la perennidad del conflicto social”, así como “la existencia de mecanismos de legitimidad para contener el conflicto”, los que conforman la “cultura de la sociología”, cuyo periodo de auge se ubicó básicamente entre 1945 y 1970. Estos tres aspectos, según Wallerstein, se derivan de los tres pensadores formativos mencionados.

Dado que los tres axiomas se han internalizado y operan en el nivel de las premisas no cuestionadas, se hace necesario replantearlos. Así, el primer desafío que Wallerstein formula a los axiomas citados se asocia con Sigmund Freud,

quien descubre la racionalidad subyacente a la conducta inconsciente. Menciona que Freud “nos llevó por un camino cuya conclusión lógica es que nada es irracional desde el *punto de vista del actor*”. ¿Quién es el observador externo para decir que él tiene razón y que el paciente se equivoca? Si nada es irracional, visto desde el *punto de vista de otra persona*, ¿de dónde provienen las alabanzas a la modernidad, a la civilización, a la racionalidad? Este es un desafío que, según Wallerstein, “ni siquiera hemos empezado a enfrentar”.

El siguiente desafío permite a Wallerstein cuestionar el “eurocentrismo”, y a partir de la “especificidad”, concepto clave de Abdel-Malek, se añade el hilo geográfico a lo histórico. Según Wallerstein, para Abdel-Malek sólo hay dos “civilizaciones”, y por “consiguiente sólo dos relaciones con la dimensión-tiempo”. Un concepto de tiempo como elemento de acción y un concepto no analítico en el que el tiempo no “puede ser aprehendido como mercancía”. La interacción dialéctica entre ambos permite que el reto geográfico implique un concepto alternativo al de tiempo. Este reto logra introducir “un tema que ni siquiera era un tema para la cultura clásica de la sociología”. De ahí que el siguiente desafío, asociado al eurocentrismo, tenga que ver con el tiempo, es decir, con “las múltiples realidades del tiempo”: “la construcción social del tiempo”.

Si el tiempo, en cierto sentido, es un amo, “es a la vez un amo que hemos construido nosotros mismos”. De ahí la crítica a la visión ampliamente aceptada sobre el tiempo, tanto el de “muy larga duración” (el tiempo eterno) como el “episódico” (el tiempo del suceso: el *polvo*). Ante esta visión, lo que se propone es un *tiempo estructural*, que es largo pero no eterno, y el tiempo de la *conjuncture* (coyuntural) o *tiempo cíclico*. El reto del eurocentrismo, según Wallerstein, “nos obliga a ingresar en una geografía más compleja”, pero también “la protesta en contra de la ignorancia del tiempo, nos obliga a entrar en una perspectiva de tiempo mucho más larga de la que habíamos estado acostumbrados a utilizar”.

El cuarto reto proviene de un movimiento que en las ciencias naturales y las matemáticas se conoce como los estudios de la complejidad. Y quién mejor que Ilya Prigogine, quien durante mucho tiempo ha insistido en los problemas del “no equilibrio y la complejidad”. De acuerdo con Wallerstein, para este premio Nobel de química, “la actividad creativa e innovadora no es ajena a la naturaleza”. Posteriormente, Wallerstein señala un quinto desafío: el del feminismo. Argumenta que las feministas han estado retando a la cultura de la sociología con su afirmación de que ha existido “un prejuicio machista no sólo en el ámbito del conocimiento social (donde, por así decirlo, habría sido teóricamente previsible), sino también en el ámbito del conocimiento del mundo natural (donde en teoría no debería haber existido)”. Con esta aseveración ataca la legitimidad del alegato en favor de la objetividad, alegato que ha sido central para la cultura de la sociología. El argumento señala que así como no es del todo aceptable el determinismo de la física, el machismo ha abogado por un “conocimiento social definido

como un ámbito en el que los prejuicios son de esperar, aunque indeseables; (las feministas) insisten en que esto se aplica de igual modo al conocimiento de los fenómenos naturales”.

El último desafío consistiría en sostener que la modernidad nunca ha existido. “Nunca hemos sido modernos”, señala Latour, según Wallerstein. Latour ataca a los que se denominan antimodernos, a los modernos y a los posmodernos. Estos tres grupos presuponen que el mundo en el que hemos estado viviendo durante los últimos siglos y en el que continuamos viviendo es en sí moderno. Los tres comparten las mismas características que definen a la modernidad, a saber, “una aceleración, una ruptura, una revolución en el tiempo (en contraste con) un pasado arcaico y estable”. Afirmar que “nadie jamás ha sido moderno”, no implica aceptar el ingreso hacia una nueva época, sino por el contrario; interrumpir la huida hacia adelante, “aferramos a la vanguardia de la vanguardia”, y no buscar ser cada vez *más astutos, más críticos y más hundidos en la edad de la sospecha*.

Según Wallerstein, esto nos conduce de nuevo al *problema del tiempo*. “La flecha del tiempo no posee ambigüedad”; si se va hacia delante, se tiene que romper con el pasado; si se va hacia atrás, entonces se tiene que romper con las vanguardias modernizadoras. La misma decepción que pretende abolir el pasado mediante las revoluciones en la ciencia, la tecnología, la política o la filosofía, nos hace continuar siendo modernos. No obstante, jamás cesamos de ser amodernos. Ni las culturas ni las naturalezas existen, sólo existen las “naturalezas-culturas”. “Naturaleza y sociedad” no se oponen, “son una y la misma producción de estados sucesivos de sociedades-naturalezas, de colectividades”.

Wallerstein termina afirmando que los anteriores desafíos constituyen una reflexión sobre las premisas básicas; “constituyen un ataque formidable a la cultura de la sociología”. Y ante estos desafíos, las perspectivas que nos ofrece son “la reunificación epistemológica de las llamadas dos culturas, las de la ciencia y de las humanidades; la reunificación organizacional y renovada división de las ciencias sociales y la asunción, por parte de la ciencia social, de una centralidad dentro del mundo del conocimiento”. Así, este autor concluye con una serie de consideraciones sobre estos asuntos, y añade que en tanto las certidumbres terminan de derrumbarse, “seríamos sabios al formular nuestras búsquedas bajo la luz de la incertidumbre permanente y mirar ésta como una increíble oportunidad para imaginar, crear y buscar”.

Como ya se dijo, ampliar el conocimiento de un campo específico implica hacemos conscientes de cuánto ignoramos acerca del mismo. La ciencia puede jugar un papel más importante en la “creación de zonas de ignorancia que en la de zonas de conocimiento”. Sería demasiado ingenuo abordar estas ignorancias desde el propio campo en que han sido descubiertas. Por ello se hace necesario desafiar “la institucionalización de las divisiones nominales de las ciencias sociales”. Hay que apelar entonces a la unidisciplinariedad, pues ésta es el “mayor

soporte a la lista actual de disciplinas”, ya que implica que “cada una tiene algún conocimiento especial que sería útil combinar con algún problema práctico”. No hay necesidad, pues, de continuar comprometidos con tareas diferentes, afe-rrándonos a las fronteras disciplinarias. Tampoco es necesario mantener la división civilizado/otro (incivilizado); de ahí la importancia de la especificidad, pero hay que aprender, según Wallerstein, “a tratar lo universal y lo particular como una pareja simbiótica que nunca desaparecerá”.

Este libro de Wallerstein incluye también las ocho cartas enviadas a los miembros de la AIS durante la época que fue presidente de la Asociación. Las ideas contenidas en esas cartas muestran su preocupación por las cuestiones más importantes de la sociología en el ámbito mundial. Dichas ideas se reflejan en el capítulo principal del texto, que lleva el mismo título del libro. Finalmente, la obra contiene un apéndice titulado *La ciencia social y América Latina: la promesa por cumplir*. En él, Roberto Briceño y Heinz R. Sonntag hacen una reflexión sobre el capítulo principal del libro, con respecto a la sociología de América Latina. Mencionan que “la ciencia social tiene una cuenta pendiente con la singularidad de América Latina”, y su reflexión culmina llamando la atención sobre un aspecto presente en la mayoría de los desafíos que Wallerstein plantea. El tiempo estructural de Braudel, según Briceño y Sonntag, “tiene en América Latina la heterogeneidad propia de sus mismas estructuras”. En “América Latina y El Caribe no somos modernos, nunca lo hemos sido”. Según estos autores, “la modernidad ha sido una ilusión de una élite social o política” y “siempre ha resultado inconclusa”.

Es el problema del tiempo lo que nos permite hacer una última reflexión. Dado que los tiempos son múltiples, resulta comprensible que se haga una diferenciación entre el tiempo de una determinada institución, y el de nuestra vida misma. La institución como tal tiene una historia, y no podemos evitar ingresar a ella y dar por supuesto todo, es decir, dar por un hecho que las cosas “siempre han sido así”. Esto nos remite de nuevo a la autorreflexión crítica y constante sobre nuestras propias prácticas (en el quehacer sociológico); y puede permitirnos romper con la tendencia egocéntrica que “nos lleva a ignorar la producción ajena” (Girola y Zabudovsky, 1991), la cual dificulta la comunicación entre miembros de instituciones diferentes. Este aspecto es al que le atribuimos mayor importancia porque depende, en cierta manera, de nosotros mismos. El “egocentrismo” impide que cada sociólogo tenga “interés en escuchar a sus adversarios, en la medida misma en que éstos tienen interés en ver lo que él no ve; los límites de su visión, que por definición se le escapan” (Bourdieu, 1996).

Esto y las oposiciones teóricas derivadas de la división parroquiana entre disciplinas, como bien lo señala Bourdieu, se deben al hecho de “que los sociólogos pretenden imponer como la única manera legítima de hacer sociología la que les es más accesible”. Es casi seguro que nosotros mismos no estemos conscientes de esta imposición, debido a que detrás de ésta se alberga lo que cada uno con-

sidera importante y por tanto legítimo defender, vinculado a un modo de vida particular; y además, estamos muy *comprometidos* con dicha postura.

Y si a esta especie de introspección disciplinaria se le puede llamar “sociología de la sociología”, o bien una “reflexión de la reflexión”, como últimamente se ha venido llamando a este ejercicio en otras disciplinas de las ciencias sociales, podemos incorporarnos al río sin dejarnos llevar por la corriente (o nadar “de muertito”), es decir, no dar por supuesto que lo que sucede en los departamentos de sociología siempre ha sido así; que *así son*. Tanto la disciplina como las instituciones tienen una historia particular, de ninguna manera desvinculada del sistema de educación en México o, para ser más específicos, del sistema de educación superior. Para quienes empezamos a incursionar en la investigación, no nos vendría mal hacer una reflexión sobre el desarrollo de la disciplina como tal, incluyendo lo que se ha escrito, pues forma parte de su historia. Una historia que tiene tiempo de haber comenzado y que al incorporarnos en ella debemos tomar en cuenta, aunque no hayamos sido partícipes de su construcción; de otro modo, se corre el peligro de seguir reproduciendo esquemas, prácticas y maneras de hacer la sociología.



Bibliografía

- Bourdieu, Pierre
1996 *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona.
- Giménez, Gilberto
1995 “Situación actual y perspectivas de la investigación sociológica”, en *Estudios de teoría e historia de la sociología en México*, Universidad Autónoma Metropolitana/Universidad Nacional Autónoma de México.
- Girola Lidia y Gina Zabludovsky
1991 “La teoría sociológica en México en la década de los ochenta”, en *Sociológica* núm. 15.
- Wallerstein, Immanuel
1991 *El moderno sistema social I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Siglo XXI, España.
1996 *Abrir las ciencias sociales*, Siglo XXI, España.